CONVERSACION.

Queridos lectores:

Cerca de un año hace que mi antiguo amigo Julio Simon, el conocido autor del *Deber*, vino á encargarme una novela para publicarse en el *Diario para todos*.

Enteréle del argumento de una que tenia proyectada, y habiéndole parecido bien, firmamos acto contínuo el correspondiente contrato.

Los hechos, que se suponian ocurridos desde 1791 á 1793, tenian principio en Varennes, la tarde misma del dia en que tuvo lugar el arresto del rey. Mas, por mucha que fuese la prisa del *Diario para todos*, hube de pedir á J. Simon un plazo de quince dias antes de poner manos á la obra. No habia estado en Varennes: érame por lo tanto indispensable ir.

Una cosa hay que jamás he sabido hacer: escribir un drama ó una novela, cuya accion pase en parajes que no haya visitado.

Dirigíme pues á Varennes, ya que de Varennes debia hablar en el primer capítulo. Siete dias empleé en esta expedi-

cion; tres para ir desde Chalons á Varennes, otros tantos para volver al primer punto, y uno para visitar todos los sitios que era preciso mencionar en mi novela, cuyo título habia de ser *René de Argonna*. Cubierta así esta primera necesidad, regresé á Paris, decidido á no perder momento para satisfacer los deseos de mi amigo.

Supe, al llegar, que mi hijo habia ido á pasar algunos dias de campo en Sainte-Assise, cerca de Melun; y seguro de encontrar tambien preparado mi cuarto, fuí á reunirme con él para cumplir con mayor quietud y desembarazo mi compromiso. Difícilmente se encontrarian dos caractéres mas opuestos que el mio y el de Alejandro, y que mas se aviniesen no obstante en las relaciones todas de profesion y de familia. No hay duda que pasamos uno y otro muy buenos ratos hallándonos separados; pero son mucho mejores los que pasamos juntos. Con entera satisfaccion pues dí comienzo á mi *René de Argonna*, tomando resueltamente la pluma. Pronto volví empero á dejarla, viendo que por entonces me era imposible, como suele decirse, coger el hilo. Para desvanecer mi mal humor, púseme á contar á mi hijo diferentes historietas, que recordaba haber oido á algunos de mis amigos.

Entre otras varias, traje á la memoria una que me habia sido contada por Nodier, sobre las aventuras de cuatro jóvenes pertenecientes á la compañía de Jehú, ejecutados en Bourg, con circunstancias altamente dramáticas. El que con

mayor dificultad pudo morir, ó mejor dicho, el que con mayor dificultad se pudo matar, contaba apenas diez y nueve años.

Escuchó Alejandro con profunda atencion mi relato; y al concluir:

—Sabes, me dijo, lo qué haria yo en tu lugar? —Qué? — Dejaria el *René de Argonna*, ya que no marcha, y escribiria *Los compañeros de Jehú*.— Convenido, con tal de que me ayudes. — Bueno: te daré dos de los personajes.— Nada mas? — Oh! eres muy exigente, lo demás es cuenta tuya; bastante que hacer tengo yo con mi *Cuestion de dinero*. — A ver los personajes. —Son un gentleman inglés y un capitan francés. — Descríbeme al inglés.

Hízome Alejandro el retrato de lord Tanlay, tal como acabais de verlo en *Los compañeros de Jehú*.

— Corriente, le dije, acepto tu gentleman inglés; veamos ahora el capitan francés. —Ese es un personaje misterioso, que á todo trance quiere hacerse matar, y jamás puede conseguirlo. — Pero por qué está tan decidido á hacerse matar? —Porque se halla fastidiado de la vida. —Bien, pero cuál es la causa de ese fastidio? —Ahí está el secreto de la novela. — Sin embargo, al fin y al cabo será preciso decirlo. — Ya me guardaria yo bien en tu lugar. — Pero á lo menos, para mi satisfaccion, necesito yo saberlo. —Eso es otra cosa: á tí no tengo reparo en decírtelo. Supongamos por un momento que, en vez de profesor de dialéctica, hubiese

sido Abelardo militar. — Ya. — Y que por una de las muchas vicisitudes de la guerra... —Comprendo. — Entonces, en lugar de retirarse al Paracleto, habria procurado por todos los medios imaginables hacerse matar. — Hum! —Qué? — Difícil me parece. — Qué es lo que te parece difícil? — Hacérselo creer al público. — Como tú no has de decírselo. —Es verdad: bien pensado, creo que no te falta razon. Tienes los *Recuerdos de la Revolucion* de Nodier? —Tengo todas las obras de Nodier.

Fué Alejandro á buscarme el libro que le pedia, en el cual, á la vuelta de tres ó cuatro páginas, encontré lo que deseaba.

Suplícoos os entereis conmigo, queridos lectores, del pasaje que me propuse consultar, pues de seguro no os pesará. Nodier es quien habla:

« Llamábanse los salteadores, á quienes se refiere el capítulo Amiet, que acabo de citar, Lepretre, Hyvert, Guyon y Amiet.

« Designados por la suerte, ó por el voto de sus compañeros, para asaltar una diligencia en que iban cuarenta mil francos del gobierno, desempeñaron con inaudito descaro su peligroso cometido, presentándose en la carretera, á lo mejor del dia, en ademan casi amistoso; sin duda para corresponder á la buena disposicion de los viajeros, que les recibian con la mayor indiferencia, sin tratar jamás de oponerse á sus designios. Solo un niño de diez años, que viajaba al

lado de su madre, tuvo la suficiente serenidad para apoderarse de las pistolas del conductor y disparar contra los que habian detenido el coche. Como no estaban, segun su costumbre, cargadas con bala las pistolas del prudente mayoral, no hubo que lamentar desgracia alguna, si bien no dejó tan inesperada travesura de alarmar terriblemente á los demás viajeros, temerosos de sufrir las consecuencias de una sangrienta represalia. En vista de tamaña audacia, acometió á la madre del niño un ataque de nervios tan violento, que alarmados los bandidos por su crítico estado, parecieron olvidar por un momento su propio peligro. Corrió uno de ellos á auxiliarla, prodigándola toda clase de cuidados y atenciones, haciéndola aspirar las sales y esencias de que iban siempre provistos, y encomiando con entusiasmo el prematuro valor de su hijo. Al volver en sí, dió con visible emocion las mas expresivas gracias á su desconocido protector, á quien cayó en aquel acto la máscara que le cubria el rostro, el cual no fué sin embargo visto por ninguna de las otras personas que se hallaban en el coche.

«Viéronse mas tarde Lepretre, Hyvert, Guyon y Amiet compelidos ante el tribunal de uno de los departamentos vecinos. Como el hecho de que se les acusaba habia perjudicado únicamente al tesoro, por el que no se manifestaba á la sazon grande interés, por lo mismo que se ignoraba quién seria al fin su verdadero dueño; y como por otra parte, á excepcion de la hermosa dama, que se guardó muy bien de

hacerlo, nadie podia conocer en los procesados á los que habian asaltado la diligencia, fueron absueltos los cuatro por unanimidad.

«De tal modo era, no obstante, contraria la opinion pública á la idea de su inocencia, que el ministerio fiscal se vió precisado á apelar. Fué, á consecuencia de este recurso, revocado el fallo; y si bien ninguna pena se les impuso desde luego, quizás por no atreverse á castigar actos de vandalismo, que podian al dia siguiente ser considerados como eminentes servicios, mandóse proseguir las actuaciones ante el tribunal del Ain, residente en la ciudad de Bourg, á cuya disposicion quedaron los procesados, dándose por muy satisfechos del cambio, por contar en el nuevo lugar del juicio la mayor parte de sus amigos, parientes, aliados y cómplices. Creyóse seguramente contentar á un partido, insistiendo en someter á la accion de los tribunales el exámen de los hechos imputados á sus enemigos; consiguiéndose al propio tiempo no disgustar al otro, rodeando á sus parciales de garantías tales, que aseguraban casi infaliblemente su salvacion. La entrada de los presos en las cárceles de Bourg fué por consiguiente una verdadera ovacion.

«Empezaron de nuevo las diligencias del sumario, sin dar mejor resultado que las anteriores practicadas: sobre no existir una sola declaracion contraria á los procesados, habian estos probado plenísimamente la coartada, por medio de cien testigos que no tuvieron reparo en faltar á la verdad

en defensa de sus correligionarios tan sériamente amenazados. Ante la evidencia legal que de semejante prueba resultaba, nada podia valer la conviccion moral, nacida de algunos indicios por mas que fuesen enteramente acordes con las unánimes manifestaciones de la voz y fama públicas. Segura parecia por lo tanto tambien la absolucion, cuando una pregunta del presidente, insidiosa tal vez sin pensarlo, vino á cambiar de repente el aspecto del procedimiento. «Señora, dijo, dirigiéndose á la que tan atentamente habia sido auxiliada por los bandoleros, cuál de los procesados aquí presente, fué el que os prodigó durante vuestro desmayo los cuidados de que habeis hablado?»

«Esta inesperada pregunta, y sobre todo la forma en que fué hecha, confundió sin duda alguna las ideas de la testigo. Creyendo haber antes confesado que era efectivamente uno de los cuatro quien con tanta amabilidad la habia socorrido: «Es el señor, contestó señalando á Lepretre,» proponiéndose á lo menos aprovechar en su favor un rasgo de galantería, que, á su entender, le colocaba en posicion mas ventajosa que la de sus tres desgraciados compañeros. Léjos estaba de conocer que con su revelacion entregaba al verdugo á los cuatro acusados, comprendidos como se hallaban, en una misma prueba, solidaria é indivisible. Levantáronse estos con la sonrisa en los labios, saludando á la que así acababa de perderles. «Bravo! dijo Hyvert con una gran carcajada, volviendo á sentarse en el banquillo, esto os enseñará, capitan, á ser galante con las damas.» Segun se dijo de público, al cabo de poco tiempo murió la pobre señora, consumida por el pesar.

«Desde aquel instante tomó la causa un sesgo muy diferente; y como la falsedad de la prueba ministrada por los acusados habia quedado patente, desestimándose todos los medios de defensa, fueron los cuatro condenados á la última pena. Apenas proferido el terrible fallo, tres tiros disparados al pié de la pared del calabozo donde se hallaban encerrados los reos, les enteró del fatal destino que les aguardaba. Justamente receloso, por tan visible señal de connivencia, el comisario del directorio ejecutivo, que en los tribunales departamentales ejercia las funciones propias del ministerio público, reclamó el auxilio de la fuerza armada, cuyo mando tenia á la sazon uno de mis tios. A las seis de la mañana siguiente, veíanse formados, enfrente de la reja del patio, sesenta soldados de caballería.

«Burlando la vigilancia de sus carceleros, consiguieron los reos desembarazarse de los hierros que les sujetaban, y despues de luchar con toda la fuerza de la desesperacion, se hicieron dueños del edificio, dejando bien asegurados á cuantos podian oponerles resistencia, y apoderándose de todas las llaves. Libres de este modo en todos sus movimientos, bajaron al patio perfectamente armados. Horrible debió parecer en verdad á la muchedumbre, que aguardaba á la otra parte de las rejas, el espectáculo que se ofrecia á su vista. A fin de obrar con mayor desembarazo, para ostentar quizás una se-

guridad, mas temible aun que la fama de fuerza é intrepidez que acompañaba á sus nombres, ó con objeto tal vez de evitar que la presencia de la sangre en los vestidos pudiese hacer traicion á sus postreros esfuerzos, iban desnudos hasta la cintura, al rededor de la cual se veian tambien armas blancas y de fuego, además de las que tenian empuñadas. Desde el patio descubrieron el piquete que debia escoltarles, y que por de pronto les cerraba completamente el paso. Despues de conferenciar un momento entre sí, Lepretre, que, como sabemos, era el de mayor edad y graduacion, saludando al piquete con la fina afabilidad que le era habitual: «Muy bien, señores gendarmes» les dijo. Colocándose en seguida delante de sus compañeros, á quienes dirigió con ternura su último adios, se levantó la tapa de los sesos. Guyon, Amiet é Hyvert pusiéronse en estado de defensa, apuntando á la fuerza armada sus pistolas de dos tiros. Sin embargo de que no llegaron á disparar, considerando la escolta como una hostilidad manifiesta su actitud puramente defensiva, contestó con una descarga. Cayó muerto Guyon junto al cadáver de Lepretre, que no habia hecho el menor movimiento. A Amiet le fracturaron un muslo muy cerca de la ingle, y á pesar de que en la *Biografía de los Contemporáneos* se lee que fué ejecutado, he oido muchas veces asegurar que exhaló el último suspiro al pié del cadalso. Quedó por consiguiente solo Hyvert, para sobrevivir sin duda muy corto tiempo á sus compañeros. No sé empero si el aspecto de un gallardo jóven

saltando por entre los cadáveres, como un lobo acosado por los cazadores, desordenado el cabello que le caia sobre las espaldas, echando llamas sus ojos, y encarando con firme y ejercitada mano las pistolas, que amenazaban de continuo sembrar la muerte entre los espectadores; de un jóven que sin haber derramado jamás la sangre de sus semejantes, se veia no obstante condenado á una sangrienta expiacion; que en pena de un hecho que á nadie habia costado la vida, se exigia por la humana justicia su muerte; no sé, repito, si todas estas circunstancias y consideraciones consiguieron impresionar el ánimo de los soldados, que dejaron de hacer uso de sus armas. Así lo creeria al menos Hyvert, pues seguro de alcanzar la única gracia que en semejante situacion podia desear: « Señores, dijo, marchemos á la muerte! á ella voy sin temor ni afliccion! pero que nadie se me acerque, si estima en algo su vida, sino el señor, añadió, señalando al verdugo. Es negocio que á los dos únicamente incumbe, y que podemos muy bien terminar sin auxilio ajeno.»

« No hubo dificultad en acceder á esta peticion, pues era general la impaciencia para poner fin á aquella horrible tragedia. Mas al oir Hyvert la concesion, cogiendo con los dientes una de las pistolas, desenvainó el puñal que llevaba en el cinto, hundiéndoselo en el pecho hasta el puño. Con extraordinaria sorpresa vió que seguia manteniéndose en pié, cual si nada hubiese sucedido. Disponíanse los agentes de la autoridad á echársele encima, para impedir una segunda ten-

tativa; mas volviendo hácia ellos Hyvert las pistolas, mientras brotaba la sangre de su herida, en la que permanecia clavado el puñal. «Alto ahí, señores! recordad el pacto que acabamos de hacer! si tratais de infringirlo, en lugar de morir solo, seremos tres, á lo menos, los que muramos: elegid!» Detuviéronse todos, dejándole caminar, solo, á la guillotina donde se hundió de nuevo el puñal en el pecho, sin obtener mejor resultado que la vez primera. «Ya está visto, dijo entonces; tendré sin duda encadenada el alma en el vientre, cuando tan reacia se muestra en salir de su escondrijo! A ver si sois mas afortunados vosotros!» añadió dirigiéndose á los ejecutores.

«A los pocos instantes rodaba su cabeza sobre el cadalso. Casualmente, ó tal vez por algun particular fenómeno de la vitalidad, cayó de lo alto del tablado y siguió rodando hasta salirse del círculo, que formaba el terrible aparato; y aun hoy no falta en Bourg quien asegure que la cabeza de Hyvert habló.»

Antes de terminar la lectura, tenia ya decidido olvidar el *René de Argonna por los compañeros de Jehú.*

Salí al dia siguiente de mi cuarto, con el saco de noche en la mano.

—Estás de marcha? me preguntó Alejandro.—Sí.—Adónde vás?—A Bourg.—Con qué objeto?—Voy á examinar el terreno y recoger las noticias que puedan facilitarme los que presenciaron la ejecucion de Lepretre, Guyon, Amiet é Hyvert.

FIN DE LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

HISTORIA

DE

RASELAS,

PRINCIPE DE ABISINIA,

ESCRITA EN INGLÉS

por M. Samuel Johnson,

y traducida por

D. Marcial Busquets.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO